

El defectuoso hablar de nuestro pueblo está transcrito con gran fidelidad; y aunque para muchos tenga su lenguaje un colorido especial, estimo que una obra no adquiere relieve por el solo hecho de que sus personajes atropellen el idioma en sus leyes más elementales. Fuera de Chile eso no tiene sentido, y hasta podrá considerarse como demostración de mal gusto. Pero entre nosotros se ha creído que en un libro criollo sus personajes deben hablar su galimatías cotidiano, y Fernández Rodríguez ha seguido esa huella equivocada.

A pesar de lo dicho, «Viento de primavera» muestra a su autor como a prosista de grandes condiciones que, aunque no ha logrado todavía el dominio absoluto de la forma, ocupa desde luego un alto sitio entre los cultivadores del criollismo.—C. P. S.



LIBROS DE AYER Y DE HOY. *Por Antonio de Undurraga.*

La Editorial Espasa-Calpe Argentina S. A., ha tenido la saludable idea de publicar en el tomo 632 de su Col. Austral, las fábulas completas de Samaniego. En el prólogo el autor nos dice: «Que alguna vez parezca mi estilo, no sólo humilde, sino aun bajo, malo es; mas ¿no sería muchísimo peor que, haciéndole incomprendible a los niños, ocupasen éstos su memoria con inútiles coplas?». Fiel a su monarca—Carlos III—y fiel a su época y sus ideales—la de la Ilustración—confiesa, con toda sinceridad, que se ha propuesto un fin útil al escribir sus fábulas. Y, sin falsa modestia, estima que un artista superior—como lo fué él—es quien está verdaderamente capacitado para escribir con sencillez, sin sacrificar la calidad estética de una obra literaria. Y es conveniente insistir en este punto, pues son muy numerosos los pedagogos y escritores—incluso Ernesto Montenegro—que estiman que el mejor material de lectura para niños y adolescentes está en la poesía mediocre, por ser la poesía de calidad de más difícil comprensión, a primera vista, que aquélla. Sin em-

bargo, no reparan que la educación estética sólo puede hacerse con textos de calidad. Que hacerlo con otros textos es tan absurdo como enseñar música con pianos y violines desafinados... Del mismo modo, es interesante leer en el prólogo la sinceridad con que confiesa Samaniego su documentación enorme y previa, adquirida de ex profeso, para escribir sus apólogos. Hoy, más de un crítico o gacetillero, tardaría mucho en hallar sus fuentes si no nos hablara de cómo le ha servido, verbigracia, el fabulista inglés Gay, para integrar el libro VI, de su obra. Un testimonio de su triunfo estilístico está en el hecho de que formas como la de las fábulas «La cierva y el león» y «El ladrón», han sido utilizadas con posterioridad, en forma análoga, por Gabriela Mistral en «La pájara pinta» y Rubén Darío, en su décima a Campoamor. Mas, de un acervo de 157 fábulas que escribió en total, no creemos que haya sido afortunado sino en 39, a saber: Libro I, fábs. 7-10-12-13-16-19; Libro II, fábs. 1-2 (La Lechera) 9-13-16; Libro III, fábs. 2-6-7-9-10; Libro IV, fábs. 2-6-8; Libro V, fábs. 3-6 (La gallina de los huevos de oro) 7-9-12-16-23-25; Libro VI, fábs. 4-6-8; Libro VII, fábs. 4-5-6-10-12; Libro VIII, fáb. 6; Libro IX, fábs. 8-10-16 y 17 (El ladrón, ya aludida). Finalmente, la presencia de Samaniego nos trae a la mente la afirmación de Ramón de Basterra, en el sentido de que tanto Carlos III, como los Amigos del País, no tuvieron mayor éxito, debido a que el único escritor grande con que contó el mencionado movimiento, fué este don Félix María de Samaniego.

Ha llegado a nuestras manos el volumen intitulado «Mandrágora, siglo XX», libro de versos de que es autor el chileno Enrique Gómez Correa. Casi nadie reparó, en años pasados que el principal mentor del movimiento Mandrágora, fuese Enrique Gómez Correa. Tal vez, la natural modestia de los creadores—modestia vital, aunque pretendan ser inmodestos—le llevó a un plano oscuro. Hoy, disuelto el movimiento y al poner a su última obra este nombre, sin mayor protesta de sus compañeros de grupo, se ven algunas cosas de distinta manera. El li-

bro trae un epígrafe de Mallarmé e ilustraciones de Jorge Cáceres. A juzgar por las dedicatorias que Gómez Correa pone a sus volúmenes, como ser «en la seguridad de que fulano de tal comprenda estos poemas», parece que es una preocupación de su espíritu la falta de comprensión que halla de parte de lectores y observadores literarios. Sin embargo, es la suya poesía y una alta poesía, tan comprensible o incomprensible, como cualquiera otra que no tenga por patrón y destino la sola lógica aristotélica. Y, en efecto, para quien entienda y sepa por donde van los últimos tramos de la cultura occidental en el ámbito de la gran poesía, le bastará leer algunos versos sueltos de Enrique Gómez Correa, para saber hacia dónde se dirige y qué es lo que piensa—todo ello en grandes planos, se entiende—. Así, verbigracia, en el poema «Yo entro en gavilán y salgo en fénix», nos dice:

«Ahora eres el ojo que crece
Y que el mar arroja después del naufragio».

Y en la «Lista Negra de Mandrágora», nos afirma:

«Después de la luz caerán derribados
los perseguidores del placer».

Para decirnos, finalmente, en el poema «El cuerpo que irradiaba luz y calor pierde de peso», (medítese en el título antirretórico, verdadero desafío a todas las artes poéticas), lo siguiente:

«Amo mis errores
como los disparos a quemarropa».

En efecto, en su rebeldía están patentes las últimas consecuencias del mensaje de Rabelais, Rimbaud, Lautremont y otros, que aspiraban a un nuevo trabajo humano, a una nueva libertad humana, a una nueva moral. Gómez Correa, es, en gran medida, surrealista y, por ende, anticristiano. En este aspecto, la ética de Nietzsche, tiene una señalada influencia en estos ámbitos. De tal modo, que sin su existencia en la cultura occi-

dental, no tendrían razón de ser, ni precedente, los mencionados últimos versos de Gómez Correa: «Cacarán derribados los perseguidores...» etc. Del mismo modo, su alusión a las leyes físicas y ópticas, tiene su origen en Lautremont. Trae el libro poemas de gran categoría como: «Yo entro en Gavilán...» etc.; «Los misterios nocturnos», «El prestigio del cuerpo humano», «El círculo de Apolonio», «Las Metamorfosis», «Ondina habla de las ondinas», y «El cuerpo que irradia... etc.». Sin género de dudas, Chile mantiene el cetro con la más alta poesía de América en la hora de hoy, y Gómez Correa no tiene en otros pueblos un competidor surrealista de su señalada categoría.

Buenos Aires.—A. de U.



EL MARISCAL FOCH Y LA FRONTERA DEL RHIN, por J. C. J.

Hace poco leímos «Foch», grueso volumen biográfico realizado por el General Weygand, estratega famoso y miembro de la Academia francesa, puesto que es también, un ilustre escritor. Son conocidas sus obras: «Turenne», «Histoire de l'armée française» y «Le 11 novembre».

Esta obra es el mejor estudio biográfico del genial vencedor de la guerra mundial de 1914-1918 y lo ha hecho con el afecto y veneración del colaborador constante e inteligente que fuera Weygand, quien estima que el honor y felicidad de su vida son haber servido bajo un hombre como Foch. Su temor al realizar la biografía que comentamos es el de ser inferior a su tema, pero una vez que terminamos de leerla comprendemos que ese temor es infundado, pues en ella ha sabido presentarnos a Ferdinand Foch tal cual era: un soldado en quien la inteligencia y el saber se unían a la intrepidez moral y a una potencia sin igual de carácter. De ahí que fuera un soldado firme e inquebrantable que se impuso a todos los obstáculos y condujo a la victoria a los ejércitos aliados.

Weygand ha conocido a Foch mejor que nadie, por cuanto fué llamado a su lado en agosto de 1914, en calidad de Jefe de